

a mitad de camino me di cuenta de que necesitaba un arma para defenderme de lo que esta atrocidad pudiera provocarme. Tenía un puñal, escondido en la cocina, que era sumamente filoso.

Lo tomé y emprendí la ruta para terminar con mi suplicio. Con cada segundo que transcurría la noche era más gélida. Me abalancé contra la cosa y cerceñé sus miembros. Bañado en sangre y enceguecido por la ira me burló. Allí yacía la joven, desmembrada y con los ojos abiertos viéndome fijamente. La atrocidad me ve, ríe y escapa por la ventana.

ABELARDO Y ELOÍSA

Ximena Suárez Ponce

Cuando Abelardo le propuso escaparse el día de la clausura ella no dudó en decirle que sí. Con él se hubiera ido hasta el fin del mundo sin importarle nada. En realidad no había nada que importase más, ni la universidad en los Estados Unidos a la que su madre quería que asistiese, ni su sueño de ser arqueóloga, eso lo podría hacer después. Eloísa siempre había considerado que el amor es lo único que mantiene viva a la gente, y lo único por lo que vale la pena morir.

Cuando dieron las once, su madre salió con rumbo a la ceremonia de clausura de su colegio. Ella la vio marcharse desde un escondite y, despidiéndose en silencio, cogió su bolso y se fue. No debía llevar mucho, no vaya a ser que los vecinos se percataran y fueran a alertar a su madre antes de tiempo.

Abelardo la esperaba en el callejón de la vuelta. Se abrazaron, ambos con un nudo en el estómago, y partieron.

Al llegar a la playa sintieron cómo la brisa marina les calaba los huesos y sonrieron. La ansiada libertad, al fin. Eloísa sintió que su mundo empezaba de nuevo, ni las exigencias de su madre, ni su padre indiferente y sus ausencias constantes estarían más con ella. Sabía que Abelardo no sentía lo mismo. Tal vez la melancolía que reflejaba su mirada tenía que ver con su madre. Él nunca iba a admitir su angustia, pero ella lo haría feliz y los dos olvidarían su pasado para empezar de nuevo, juntos.

Levantaron castillos en la arena, corrieron hasta no poder más y jugaron a escribir sus nombres en la orilla, pero

cuando llegó la noche se sorprendieron a sí mismos sin un lugar donde dormir. Su plan nunca llegó hasta ahí, tal vez ninguno de los dos pensó que avanzarían tan lejos. Se acurrucaron en un bote abandonado tratando de despistar al frío. No pudieron conciliar el sueño, ninguno de los dos quería conseguirlo realmente. Estuvieron echados hasta que los primeros rayos de sol llegaron.

Se tomaron de las manos y empezaron a caminar por la autopista, después de cientos de intentos fallidos consiguieron unos cuantos aventones y llegaron a un pueblo cercano. Panes secos y una botella de agua fue lo único que tenían para pasar su primer día juntos. Ya de noche, ella se echó a dormir en una banca de la plaza del pueblo, mientras él hacía guardia; no fuera a ser que la policía los encuentre ahí y se metan en problemas.

Aprovechando la soledad, Abelardo sacó su último cigarrillo del bolsillo y lo fumó lentamente, viéndola descansar e imaginando qué le diría ella si despertase. Recordó la última vez que ella lo había visto fumar, la pelea fue intensa. Después de ese día, pasaron semanas sin hablarse hasta que Eloísa se enteró de que su madre había hecho planes de mudarse fuera del país. Él no supo cómo reaccionar, no quiso imaginarse a sí mismo sin ella, lanzó al aire la idea de escapar juntos y ella aceptó de inmediato.

Ahora pensaba en su madre, en dónde estaría y con quién. No habría nadie que cuide de ella cuando volviese, una vez más, arrepentida a la casa.

Eloísa nunca había logrado entender lo que significaba su madre para él, para ella era solo una mujer que lo abandonó de pequeño para drogarse con extraños, que mentía cuando volvía a "recuperarse", implorando el perdón de su hijo. No lograba comprender la razón

por la que la seguía perdonando y ayudándola. Él tampoco. Pero no podía evitarlo.

Él, por su lado, no le encontraba lógica a la constante lucha entre Eloísa y su madre. Le exigía mucho, pero siempre era para sacar lo mejor de ella. La única vez que le dijo lo que pensaba fue durante la pelea de los cigarrillos, ambos se habían dicho cosas muy hirientes ese día, y aún no habían hablado sobre eso. Quizás de esa manera era mejor, revivir la pelea les volvería a hacer daño a ambos.

Sólo se dieron cuenta de lo solos que se sentían, aun estando en la compañía del otro, unos días después de la gran fuga. Dejaron de hablar de los planes futuros, cayendo poco a poco en la cuenta de que cada uno de sus sueños resultaba más loco e imposible que el anterior. La caída había sido vertiginosa y el golpe contra el suelo fue doloroso.

El cariño no se había acabado, pero sí la ilusión, y Eloísa comenzó a dudar de su firme creencia de que el amor era suficiente. Habían dejado tras de sí todo lo que conocían para aventurarse a un mundo en donde los sentimientos no contaban para nada. No lo admitía, pero extrañaba a su madre. Ahora ya no veía hacia dónde ir, sentía que su madre, el colegio y todo lo demás había sido solo un sueño y que volver sería imposible.

Abelardo golpeó el piso y lloró de rabia. Ella hacía rabieta como una niña cada vez que no la complacía, no quería seguir persiguiéndola cada vez que ella saliera corriendo, pero tampoco podía dejarla ir. Ya había leído la decepción y el arrepentimiento en su cara sin embargo, sabía que hablar de ello solo haría el fracaso más real y no sabía si podría soportarlo.

La frustración y confusión de ella explotaron, junto con la angustia y el enojo de Abelardo. La discusión duró unas horas pero ambos sabían que las opciones eran limitadas y que debían decidir lo mejor para los dos. El dolor se mezcló con el alivio y la duda pero ya no podían echarse para atrás. Hacía unos días habían sido genuinamente felices, y tenían toda su vida resuelta. Ahora ya no había nada, ni siquiera se tenían el uno al otro.

Eloísa lloró durante todo el camino de vuelta a su casa. Ninguno de los dos volteó a ver al otro cuando se separaron.